tos de un género inquietante (las narrativas de viaje).

Isabel Quintana
UBA-CONICET

Friedhelm Schmidt-Welle (editor). Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Serie Críticas, 2002. 328 páginas.

El editor de este volumen colectivo considera que, a pesar de la incidencia del pensamiento del crítico peruano en el latinoamericanismo, el debate acerca de sus ideas es reciente y enfocado, sobre todo, hacia su último artículo; entiende, pues, que se torna necesario efectuar un “primer balance crítico de su trayectoria intelectual y de los múltiples aspectos de su obra”. El propósito se cumple en parte, no solamente porque ya existe en América Latina y en Estados Unidos un cuerpo considerable de trabajos dedicados a indagar en el pensamiento del gran maestro peruano y en las categorías por él inauguradas, sino porque además —y respondiendo a una regla del género del colectivo— la calidad innovadora de los trabajos es dispareja.

En su introducción Schmidt-Welle realiza una muy completa revisión de la trayectoria de Cornejo Polar, a lo largo de tres décadas de ejercicio crítico, señalando sus etapas y sus relaciones con el horizonte del latinoamericanismo desde los años sesenta. La primera de las seis secciones que contiene este volumen se abre con un artículo de José Antonio Mazzotti referido a la incidencia de Cornejo Polar en el cambio de paradigma de los estudios coloniales, cuya eclosión se produce en la década del 80, pero que ya se avizoraba en el estudio dedicado a *Discurso en loor de la poesía* de 1964, y adquiere nuevas resonancias en los últimos trabajos dedicados a la literatura de la conquista y a la condición “desgarrada” que percibe en la escritura del

Inca Garcilaso de la Vega. Este trabajo demuestra la persistencia del interés de Cornejo Polar por el campo colonial, cuya observación incidió en la reflexión acerca de las literaturas heterogéneas y su modo de funcionamiento. Héctor Mario Cavallari revisa las categorías del crítico en perspectiva con las corrientes teórico-críticas imperantes en el continente en la segunda mitad del siglo XX y destaca el esfuerzo por ejercer una reflexión *situada*, en el proyecto de elaboración de una historia social de los sistemas literarios; destaca asimismo la cuestión del “contexto”, entendida por Cornejo Polar no como un “fuera de texto” sino actualizándose y desplegándose en el objeto discursivo. Por su parte, Antonio Melis traza las relaciones entre el pensamiento de José Carlos Mariátegui y el de Cornejo Polar; señala así el modo en que éste recupera el tema de la “tradición”, que el primero entendía debía diferenciarse, para su cabal comprensión, de la apropiación efectuada por los tradicionalistas, y la postulación de que la literatura constituye el espacio simbólico de dilucidación de la identidad nacional. Centrándose en *La formación de la tradición literaria en el Perú*, Melis señala los puntos de convergencia entre ambos estudiosos y los aportes gramscianos y de los formalistas rusos en la conformación de una crítica ideológica superadora del inmanentismo, fundada en una visión dinámica y plural de la tradición, en concordancia con el proyecto de nación que cada grupo elabora para sí.

La segunda sección enfoca las cuestiones de cultura, nación y tradición literaria en América Latina. Alexander Betancourt Mendieta revisa las nociones de unidad, homogeneidad y mestizaje, como presupuestos subyacentes a la elaboración de la categoría de “nación”, y su cuestionamiento por parte de Cornejo Polar, especialmente a través de la categoría de “totalidad contradictoria”. En esa línea, el estudio de Patricia D’Allemand destaca que esta categoría constituye una de las

herramientas más poderosas en la puesta en crisis de la noción de “literatura nacional” como constructo regido por su aspiración a la homogeneidad y totalidad, como también lo son, posteriormente, las de migración y sujeto migrante. En un rico estudio, José Castro Urioste releva en los ensayos dedicados a la narrativa latinoamericana del siglo XX el modo en que el crítico peruano reflexionó acerca de la periodización, la noción de periodo y las categorías de lo regional y lo nacional; advierte que, para Cornejo Polar, en el panorama actual de la internacionalización, las contradicciones emanadas de la puesta en relación de estas categorías no se disolverían sino que, por el contrario, tenderían a agudizarse.

Oralidad, representación y construcción del sujeto son los temas de la tercera sección, en la que destacan los sólidos trabajos de Carlos Pacheco y de Raúl Bueno, dedicados al tema de la oralidad, el primero, y al sujeto heterogéneo y migrante, el segundo. Pacheco considera que si bien *Escribir en el aire* constituye una sagaz metáfora de la oralidad, evidenciada especialmente en las aproximaciones a las *performances* sobre de la muerte y resurrección del Inca, la preocupación por el tema puede rastrearse ya en los primeros estudios de Cornejo Polar; así, en *Los universos narrativos de José María Arguedas*, el método hermenéutico consiste en una paulatina integración y problematización de las dimensiones inherentes al mundo andino (de lo individual a lo social, de lo reflexivo y cuasi “científico” a lo mágico y mítico, de lo estético a lo ético, lo político y lo histórico). En este sentido, la dinámica de la oralidad aparece inicialmente presentada como un “reflujo del referente”, para ser posteriormente incorporada como componente básico de la conflictividad interna de lo cultural, junto con el bilingüismo. Aunque Cornejo Polar señaló las limitaciones de la crítica para abordar la cuestión de la oralidad en los años 70 y 80, no abandonó su preocupación y, en su

último libro, la abordó no sólo tematizada en la escritura (el dilema de Ernesto en *Los ríos profundos*, entre escribir una carta o cantar) o entrevistada como huella a través de ella, sino además en las danzas y dramatizaciones concebidas como eventos culturales complejos en los que la oralidad impone sus propias modalidades; éstas son relevadas por Pacheco, conocido por su contribución al tema.

Raúl Bueno se centra en la heterogeneidad *interna* que supone la categoría del sujeto migrante y analiza sus consecuencias en el marco del cambio de paradigma que implica la ruptura de la unidad y homogeneidad del sujeto cartesiano. Considera así que la concepción del sujeto heterogéneo aporta nuevos argumentos a la noción de “sujeto colonial”, enfrentado a un mundo jerarquizante y dividido, al dirigir la atención hacia la internalización del conflicto en el sujeto y sus negociaciones derivadas. El migrante, diferente del sujeto viajero, fagocita culturas y lenguas por necesidad, sin diluir sus diferencias. En un segundo momento de su indagación, Raúl Bueno despliega cada uno de los componentes de la heterogeneidad discursiva –referencialidad, códigos/mensaje, medio, sujetos, discursos– que fueron trabajados por Cornejo Polar, advirtiendo de qué manera se enriquece el modelo comunicacional jakobsoniano inicialmente adoptado por el crítico. Advierte, sin embargo, en los artículos dedicados a desbrozar esta categoría, dos limitaciones: la tendencia a individualizar al sujeto migrante y la restricción al análisis de lo “meramente lingüístico y aun a lo exclusivamente literario” de su discurso. Ello supone una reducción de los múltiples signos no verbales, desde señales y gestos hasta costumbres y ritos, que acarrea el fenómeno de la migración y que se orientan hacia acciones de trascendencia grupal; de allí que Bueno proponga entender al sujeto migrante no sólo como heterogéneo sino también como heterogeneizante: un sujeto que existe *en* su movimiento, impulsando las

heterogeneidades periféricas hacia los centros latinoamericanos y transformando a estos espacios en lugares de confrontación de las heterogeneidades de mayor peso: las culturas aborígenes, campesinas, indomestizadas frente a las culturas urbanas y occidentalizadas.

Gracia María Morales Ortiz aborda el paralelismo entre las visiones de la pluralidad cultural peruana en Arguedas y Cornejo Polar, especialmente emanadas de la figura del migrante. Indica que si bien Arguedas se refirió a él en términos de "mestizo", su perspectiva pareciera acercarse a la noción de transculturación, lo que señala una diferencia frente al proceso no concluido inherente al migrante. El recorrido prolijo por los textos de ambos autores no oculta un cierto eurocentrismo, vertido en el pasaje en que Morales Ortiz se refiere a la traducción en términos de una dicotomía perimida, entre "el pensamiento 'analítico' de las sociedades modernas frente al pensamiento 'sintético' de las sociedades primitivas"; entendemos que ni el novelista ni el crítico visualizaron como "sociedades primitivas" el complejo entramado cultural del universo andino.

La cuarta sección se dedica a los temas de heterogeneidad, dialogismo y ginocrítica. Ana Peluffo se centra en los trabajos que Cornejo Polar dedicó a las novelas de Clorinda Matto de Turner, en los que desarrolló una lectura basada en la construcción de un sistema narrativo de oposiciones ideológicas irresueltas: indigenismo / indianismo, tradición / modernidad, anticlericalismo / cristianismo, positivismo / romanticismo, proyectadas sobre el fondo de la modernización republicana. Peluffo se aparta de esta lectura, para interpretar que la narrativa de Matto de Turner constituye un avance frente a las posiciones anti-indigenistas y positivistas hegemónicas, puesto que no sólo no animaliza al indio, sino que al exaltar su "bondad" construye un valor que quiere inscribir en el ámbito republicano, aun cuando ello sea bajo la especie de la subalternidad. Otro

punto de discrepancia finca en la evaluación del discurso pedagógico; mientras Cornejo Polar lo entiende como una búsqueda de legitimidad del género novelístico en una época en que era considerado escandaloso, Peluffo considera que el didactismo y el carácter moral de la protesta buscan una inserción para el sujeto femenino (privado, sentimental, doméstico) en el debate político acerca de la modernización del Perú. De este modo, las zonas de ambigüedad o conflicto detectadas por el crítico podrían leerse como un doble discurso, que se justifica por el contexto represivo en que se publican.

Friedhelm Schmidt-Welle, por su parte, se propone mostrar la operatividad de la teoría bajtiniana en el contexto de las literaturas latinoamericanas, y especialmente de las literaturas heterogéneas. Partiendo de una confrontación de las similitudes y semejanzas en el pensamiento de Bajtín y Cornejo Polar, advierte que en el primero predomina la noción de unidad de la creación verbal, que no contempla lo conflictivo; el segundo, en cambio, en sus estudios sobre el indigenismo puntualiza la carencia de unidad interna. En este sentido, Schmidt-Welle considera que, para las literaturas heterogéneas, las categorías de polifonía y diálogo sólo pueden funcionar si se toma en consideración la heterogeneidad sociocultural básica que instaura la conquista; se hablaría entonces de "dialogismo intercultural" en los casos en que las contradicciones emanadas de las diferentes culturas puestas en contacto en el discurso literario no desaparecen mediante una operación lingüística autocentrada. Tal perspectiva abre posibilidades de estudio de los discursos de los sujetos migrantes. La carnavalesización, de otro lado, como categoría lingüístico-literaria, sería intercultural y expresaría la heteroglosia y el plurilingüismo característico de las sociedades heterogéneas.

En el ensayo siguiente, Kemy Oyarzún efectúa un ejercicio de "violencia epistemológica" en el terreno de la crítica latinoamericana, al se-

ñar los silenciamientos de las marcas genérico-sexuales en las prácticas culturales. Entiende que ello forma parte de la heterogeneidad y que la agenda de los procesos identitarios en el horizonte actual, sometido a reterritorializaciones, debe enriquecerse con una perspectiva de la crítica “etno-poética” y de los diferentes feminismos. Traza las calas de una genealogía del monologismo genérico sexual, relacionado con el orden simbólico patriarcal eurocéntrico y con el colonialismo y neocolonialismo, elabora luego un conjunto de cuestiones a considerar y expone las líneas y avances de la ginocritica heterogénea (incorporación de la lectura femenina, ideologemas de hombres y mujeres del XIX, etc.).

La quinta sección: “Polémica: los riesgos de las metáforas y el futuro del latinoamericanismo”, está fundamentalmente dedicada a desbrozar cuestiones apuntadas por Antonio Cornejo Polar en su último artículo: “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”, presentado en el congreso de LASA en Guadalajara, en 1997. Esta sección no solamente actualiza un debate que en la última década se ha desarrollado, con mayor o menor fuerza, en varios congresos realizados en Latinoamérica, sino que además manifiesta los diferentes lugares de enunciación de los críticos convocados en ella. Así, John Beverly sitúa el blanco del ensayo de Cornejo Polar en la defensa contra la creciente influencia de teorías metropolitanas en el campo de la crítica y contra la supremacía del inglés en él. Tales teorías —o “Estudios” culturales, poscoloniales, subalternos, feministas, gay, etc.— constituirían antes bien una problemática estadounidense o británica sobre el multiculturalismo, las políticas de identidad y la descolonización, que habrían sido desplazadas, de manera ahistórica y, en consecuencia, deformadas, al ámbito latinoamericano. Su afán deconstructivista y el prestigio de la academia donde se producen menoscaba la autoridad hermenéutica del intelectual latinoamericano y del castellano como lengua del

saber, ubicándolos en el lugar de *objetos* de la reflexión crítica. Retomando la frase de Paul de Man: “la resistencia a la teoría es teoría”, Beverly considera que la postura del crítico peruano en este ensayo es equivalente a un neo-ariélismo, una autoafirmación “trágica” de un valor hispanoamericano en el contexto de la globalización y la hegemonía regional de los Estados Unidos; sin embargo, la resistencia a los “Estudios” corre el riesgo de ocultar las relaciones institucionales de inclusión y exclusión, subordinación y dominación dentro de las naciones latinoamericanas y de lo que se entiende por cultura nacional; a la vez, estaría obliterando una de las tareas de la crítica progresista latinoamericana: el cuestionamiento de las relaciones en la ciudad letrada y el predominio del castellano sobre las lenguas indígenas. Invitando a la reflexión acerca del tema, Beverly concluye que el ensayo de Cornejo Polar indaga, más que en las diferencias entre mestizaje, transculturación o hibridez, en la polarización entre un hispanoamericanismo metropolitano y el pensamiento latinoamericano.

Desde una postura diferente, Carlos García-Bedoya ve en esta especie de “testamento intelectual” del crítico peruano no un debate latente con García Canclini, sino un espacio de convergencia teórica, con énfasis particulares, respecto de la problemática de la diversidad latinoamericana. Se centra en la segunda parte del texto, a la que enfoca desde la cuestión de la división internacional del trabajo intelectual, para mostrar que América Latina quedaría relegada al lugar de la producción de “materia prima”, por una parte; por otra, el predominio del inglés en el campo de la crítica estaría generando una “crítica diglósica”. En opinión de García-Bedoya, la dimensión lingüística encierra un problema más profundo: el del procesamiento de las particularidades culturales latinoamericanas desde paradigmas y prioridades estadounidenses y anglosajonas. A ello se añadiría la escasa atención que merece la producción

crítica y teórica producida en nuestros países en los Estados Unidos, por lo que la petición de un equilibrio—tal como parece sostener el ensayo de Cornejo Polar— se justifica plenamente.

Ileana Rodríguez, por su parte, señala las que entiende como limitaciones a la categoría de la heterogeneidad, desde la perspectiva del multiculturalismo desarrollado en el ámbito académico norteamericano: la no contemplación de los procesos de masificación cultural, donde se sitúa el concepto de lo híbrido, y su ausencia en la polémica sobre las nuevas teorías culturales en Latinoamérica, aspecto éste al que sí atenderían los Estudios Culturales. En segundo lugar, considera que la observación de Cornejo Polar sobre las bibliografías de “aquí” y de “allá” no fue inscrita en el paradigma de la globalidad y “la cultura electrónica que masifica y democratiza” y, tercero, la presencia de los incipientes movimientos indígenas expuestos a la modernización, que revalorizarían la cuestión de la heterogeneidad. Dejando de lado el tercero de estos “puntos ciegos”, cabe acotar que Rodríguez no es convincente en su afán por señalar limitaciones que, a la vez, parecen ser logros privativos de los Estudios Culturales, entendidos aquí como una ampliación y superación de las propuestas de Cornejo Polar. No es convincente, claro está, desde *el lado de acá*, donde hoy por hoy puede afirmarse que no hay motivos para celebrar una democratización por vías de la cultura electrónica y que la heterogeneidad social y cultural o, más directamente, la desigualdad y su consecuente limitado acceso a la cultura electrónica, se acrecientan. Cabe señalar, también, que Cornejo Polar, con una coherencia mantenida más allá de las modas académicas y de los conflictos de poder subyacentes al campo intelectual, elaboró una categoría que, sin necesidad de atribuírsela a su condición de peruano o de miembro de la élite ilustrada, fue y sigue siendo cada día más abarcadora.

El ensayo de Raúl Bueno consti-

tuye, en buena medida, una respuesta al anterior. Considera que el último escrito de Cornejo Polar es, sobre todo, una honesta autocrítica y un llamado de atención respecto de dos temas acuciantes para el latinoamericanismo actual: la proliferación de metáforas operando como categorías descriptivas y el predominio de la lengua inglesa en la crítica. Respecto del primero, no eliminó de la zona de conflictividad su categoría de literatura heterogénea, por entender que tampoco ésta alcanzaba a dar cuenta de la *totalidad* de los fenómenos. En cuanto al segundo, también aquí se advierte un llamamiento al “latinoamericanismo autóctono”, que no negocia su lugar de enunciación, ni cruza la delicada frontera entre el interés por un objeto—que de alguna manera siempre permanecerá distante para el sujeto hermenéutico— y el paternalismo. Si algo distingue a los grandes pensadores del continente (bien lo supo Martí durante su residencia en los Estados Unidos) es la conciencia respecto de lo que significa el exilio de la lengua.

La sexta sección, “Desplazamientos transterritoriales y traducción cultural”, está a cargo de Mabel Moraña, quien se ocupa de una de las cuestiones centrales del pensamiento de Cornejo Polar: el lugar de la lengua en los intercambios culturales y su función en la construcción y negociación de las identidades colectivas. Esa “situación de discurso” situado que ofrece la lengua se halla en tensión con el paradigma universalista de lo poscolonial y supone un debate fuerte entre la transdisciplinariedad, la globalización y los *area studies*. De este modo, la relación entre los usos de la lengua, el posicionamiento geocultural de los discursos y los sujetos y los diversos desplazamientos transterritoriales—exilios, migraciones, diásporas y los consecuentes imaginarios posnacionales generados por ellos— constituirían el trasfondo sobre el que se proyectan las nociones de heterogeneidad, totalidad contradictoria y sujeto migrante. Moraña observa que la práctica crítica de Cornejo Polar constituye un caso pa-

radigmático del recorrido del latinoamericanismo en las últimas décadas: el tránsito de lo colonial a los escritores contemporáneos, el ejercicio de un latinoamericanismo *in situ* y el posterior desplazamiento a la institución norteamericana, así como la posición "criolla" del crítico frente al universo indígena, aspectos todos estos que inciden en el tratamiento del tema de la nación y la cultura nacional y su descentralización. Tan desconfiado como Mariátegui respecto de la homogeneidad de la cultura "nacional", Cornejo Polar opta por una perspectiva regional por su funcionalidad para establecer la existencia de imaginarios sub, supra o posnacionales, antes de que el discurso poscolonial registrara la crisis del esencialismo inherente a la identidad. Otra noción, trabajada por el crítico con anterioridad a su abordaje por el multiculturalismo, desplaza la concepción del sujeto coherente y firme hacia la del sujeto fragmentado, cuya identidad se negocia relacionadamente. En esta línea, la preocupación por la desigualdad de las lenguas se advierte igualmente en el pasaje que va desde los temas dedicados a la política lingüística a las estrategias de recuperación de las voces ocultas y su inscripción en la cultura, voces que —como apuntó a propósito del testimonio— convierten "el texto íntegro en un campo de batalla, pero también de alianzas y negociaciones, donde fracasa irremediablemente todo recurso a la subjetividad individualizada, con su correlato de identidades sólidas y coherentes y sus implicancias en la crítica y la hermenéutica literaria".

En suma, el volumen dedicado a *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos* constituye un aporte metacrítico importante referido a la impronta de su pensamiento en el latinoamericanismo de las últimas décadas y, a la vez, actualiza la agenda de problemas en su proyección futura.

Elena Altuna
Universidad Nacional de Salta

José Antonio Mazzotti (editor). *Agencias criollas. La ambigüedad "colonial" en las letras hispanoamericanas.* Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000; 270 páginas.

Leer el pasado, revisar antiguas conclusiones, añadir nuevas ópticas y documentos inéditos en un constante ejercicio de interpretación resulta siempre la mejor estrategia para apoderarnos de una memoria que sentimos ajena o fragmentada. Desmontar interpretaciones ortodoxas por lo tanto es un trabajo estimulante pero también una tarea arriesgada pues este hacer moviliza nuestras identidades, disuelve las seguridades del presente y exige entonces una redefinición constante del área disciplinar, de la memoria social y de las estrategias empleadas para movilizar los discursos. El conjunto de artículos que conforman el libro *Agencias criollas. La ambigüedad "colonial" en las letras hispanoamericanas*, editado por J. A. Mazzotti, exploran el pasado colonial desde renovadas ópticas y, a su manera, cada artículo contribuye a diseñar nuevas respuestas.

Estamos ante un conjunto de trabajos —doce en total— que revisa el discurso criollo desde variadas perspectivas críticas pero con una común preocupación, a saber, descifrar en qué medida las condiciones socio políticas favorecieron el surgimiento de una subjetividad diferenciada tanto de la metrópoli como de los otros sectores sociales que habitaban los territorios colonizados. El período elegido complejiza aún más el reto propuesto pues va desde 1492 hasta las primeras décadas del siglo XVIII, es decir, un momento marcado por la confusión y desorientación de las sociedades y de los sujetos que las conforman. Hay que añadir, además, que los objetos de reflexión de estos ensayos se enmarcan específicamente en las áreas de México y Perú.

Abordar un período de tiempo tan amplio como complejo resulta de entrada una tarea inabarcable dada